

# tiempo en la casa

Número 5 • junio 2014

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*



## Relatos y aforismos

**Como escuchar labios cerrados**

Federico Vite

**El costo cotidiano de la vida**

Joaquín-Armando Chacón

**Signos visibles, escrituras vitales**

Gabriel Trujillo Muñoz

JOAQUÍN-ARMANDO CHACÓN (Chihuahua, 1944). Dramaturgo, narrador y poeta. Estudió actuación en la Escuela Teatral del INBA. Entre sus novelas destacan *Los largos días*, *Las amarras terrestres* y *El recuento de los daños*, así como los libros de cuento *Los extranjeros* y *Elodie o las puertas del sueño*.

GABRIEL TRUJILLO (Mexicali, Baja California, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Profesor y editor universitario. Cuenta con más de 30 libros publicados. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2011. Su libro más reciente es *Círculo de fuego*.

FEDERICO VITE (Apan, Hidalgo, 1975). Ha publicado la novela *Fisuras en el continente* y el libro de cuentos *Entonces las bestias*. Ha sido antologado por el Conaculta en *Narradores Novísimos de la República Mexicana* y en *Punto de Partida* de la UNAM. Su libro más reciente es *Parábola de la cizaña*, editado por la Universidad Autónoma Metropolitana.

**Rector General:** Salvador Vega y León **Secretario General:** Norberto Manjarrez Álvarez **UNIDAD AZCAPOTZALCO Rector:** Romualdo López Zárate **Secretario:** Abelardo González Aragón **UNIDAD CUAJIMALPA Rector:** Eduardo Peñalosa Castro **Secretaria:** Caridad García Hernández **UNIDAD IZTAPALAPA Rector:** José Octavio Nateras Domínguez **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca **UNIDAD LERMA Rector:** **Secretario:** Jorge Eduardo Vieyra Durán **UNIDAD XOCHIMILCO Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado

**Tiempo en la casa, número 5, junio de 2014, suplemento de *Casa del tiempo*,**

Revista mensual de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

**DIRECTOR:** Walterio Francisco Beller Taboada **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz **COMITÉ EDITORIAL:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz, María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** Rosalía Contreras Beltrán.

# Como escuchar labios cerrados

Federico Vite

ANTES DEL MEDIODÍA, Jaime termina el tercer vodka. Dedicar miradas furiosas al océano Pacífico a través de la ventana y suspira pensando obsesivamente en su hijo. Intenta preparar la cuarta copa pero la moción de Enrique es tajante:

—Es la hora, Jimmy.

No controla el temblor en sus manos; se siente deshidratado. Sirve un poco de vodka en la licorera. Coloca la botella junto a un envase de cartón que contiene jugo de naranja. Se ve más flaco.

—No estoy seguro de esto, Henry —balbucea frotándose los párpados con las palmas de las manos.

—Te hará bien —dice Enrique palmeando la mesa—. Vámonos. Salen del departamento.

A Enrique lo rodean vendedores de artesanías; a Jaime, dos jóvenes morenos que le ofrecen habitaciones baratas y boletos para las discotecas de moda. Se abren paso entre la gente: suben al auto.

Inician el viaje a ritmo semilento; la Costera está llena de autos, motocicletas y camiones de turistas. Durante veinte minutos se mantienen en el mismo sitio. Enrique mira el reloj con frecuencia; Jaime da pequeños tragos a su licorera y contempla el vapor emanando de las alcantarillas.

Una jovencita, cuya blusa no es suficiente para cubrir la turgencia del pecho, ofrece un par de iguanas.

—Están buenas —dice levantando por la cola a los reptiles que llevan el hocico cosido irregularmente y las extremidades, traseras y delanteras, atadas con cuerda para pescar.

—¿En cuánto? —pregunta Enrique sacando su cartera.

Jaime mira detenidamente a las iguanas; una de ellas le observa con rabia, se sacude y roza la ventanilla. Recuerda que hace dos meses estuvo en la casa de una mujer que leía las cartas del tarot. No está muerto, fue lo primero que le dijo mientras analizaba la figura de una carta en la que un hombre montado en su caballo veía hacia la derecha. Tendrás

noticias, agregó la cartomancista. Al ver otra carta —la imagen de una luna gigantesca amenazaba la estructura de una torre, en la que un hombre de piel blanca asomaba el rostro contra la oscuridad— agregó: no te apures, en unos días lo van a encontrar. Jaime no quiso preguntar si vivo o muerto, sólo escuchó que había una probabilidad, lejana, es cierto, pero una probabilidad de ver nuevamente a Ramiro. Y en esa habitación, una iguana se movía despacio sobre el piso, sacaba la lengua, como si fuera una serpiente, y de pronto se abalanzó contra Jaime: intentó morderlo, pero la piel de los mocasines evitó consecuencias desagradables.

El auto avanza un par de metros.

—Dejamos el carro aquí y seguimos a pie, ¿cómo ves? —propone Enrique al ver el hospital cerca, a dos cuadras de distancia— ¿Cómo ves?

Jaime asiente con la cabeza y saca la mano por la ventanilla para indicarle al conductor de un microbús que se detenga; pero Enrique acelera, cambia de carril a toda prisa. Escuchan los insultos de los conductores cercanos. La maniobra termina cuando el auto se estaciona en uno de los sitios destinados a los autobuses de turismo.

Jaime, al cerrar la portezuela, confiesa en voz alta:

—Mejor te veo luego, Henry. No se me antoja ver al psiquiatra.

Enrique chasquea la lengua.

—Pero ya estamos aquí —suplica y agarra el hombro de su acompañante—. Ya saliste de tu casa. ¡Carajo!

Jaime tiene en la cabeza las palabras de la mujer que leyó las cartas: hay problemas. No logra quitarse de la mente imágenes en las que Ramiro sube a un barco y levanta la mano para despedirse.

—Te veo luego, Henry —se aleja del auto. Avanza pensando en lectura de las cartas, en la proposición que le hizo la mujer al finalizar la consulta:

—¿Le gustaría que a su hijo le ayudara un espíritu?

—¿Cómo?

—Si quiere podemos invocar a uno y con eso está garantizado que regresa, señor. Es decir, ¿usted cree en el diablo?

—No.

—Dígame, señor, si cree en él o no.

—Soy católico, señora.

—Le digo esto porque él todo lo puede —sentenció la mujer acercándose a su interlocutor, casi tanto como si le fuera a dar un beso.

Jaime apretó aún más las manos y agachó la cabeza. Durante unos instantes vio de reojo el incienso, las veladoras y los movimientos lentos de la iguana en el piso.

—Prefiero esperar unos días —balbuceó; en seguida se puso en pie.

—Lo espero.

La mujer emitió una especie de chillido y el reptil se acercó a ella. En ese momento, Jaime extrajo de su cartera un par de billetes que puso sobre la mesa y salió de la habitación.

Ahora, al pasar cerca de la aduana marítima, se le ocurre que si en tres meses no ha ocurrido nada bueno, Dios no es tan fuerte para regresarle a Ramiro. Una mujer pasada de peso le entrega un volante en el que la foto de la astróloga Berenice sonríe. Esa mujer fue quien le habló del Maligno. Lee la parte final de la hoja de papel: *Si estás desesperado ven a mi consultorio*. Se rasca la cabeza y apresura el paso. Escucha el silbato de una embarcación de pasajeros que llega al puerto. Suspira. Continúa su camino. Hace una señal para que un taxi se detenga. Aborda el auto y minutos más tarde, tras pagar el servicio, se encuentra frente a una casa vieja; los muros inclinados no se ven muy resistentes. Un letrero a punto de caerse, encima de la entrada principal, anuncia que la propiedad está en venta. Aunque ha tomado varias copas, Jaime no se siente tan borracho. Trastabilla un poco e incluso llega a perder el equilibrio al abrir más de lo habitual la zancada, pero avanza. Intenta sorber más vodka de su licorera, pero el combustible se ha terminado. Cierra con cuidado el recipiente de aluminio. Gira la tapa observando el cielo azulísimo. Piensa en Ramiro y entra con tranquilidad a la casona. Varios de los cuartos carecen de puerta; al fondo se escucha un televisor encendido.

—Buenas noches —saluda Jaime con lentitud a la mujer que acaricia el lomo de la iguana.

—Tardaste mucho —responde; el reptil saca la lengua: lame algo en el viento.

Jaime ve en el televisor a un sacerdote que se acerca con un crucifijo a la cama, donde una jovencita gira la cabeza trescientos sesenta grados. Reconoce la película.

—¿Te han dado noticias? —la mujer toma un bote que reposa sobre la mesa de centro y se enjuaga las manos con un líquido verde que huele dulce— Voy a prepararme —apaga el televisor y el cuarto queda iluminado por un lámpara de piso pequeña.

Jaime imagina que el diablo es una sombra y puede presentarse en la forma de cualquier animal; incluso cree que puede ser la iguana. Piensa, al ver los ojos del reptil, que el animal va a nombrarlo. La iguana abre las fauces. Escucha la respiración agitada de alguien junto a su oído; el castañeteo de dientes y pasos en la habitación. Sólo hay dos personas en el cuarto; pero algo más se anuncia con sonidos.

—¿Está listo?

Afirma con un movimiento de cabeza: el reptil mantiene la mirada en el techo.

—¿Me da la foto?

Jaime extrae su cartera del bolsillo trasero del pantalón; saca la imagen de Ramiro, tomada un par de años atrás, al verla descubre que sonríen de manera idéntica e imita ese gesto. Acaricia el rostro de su hijo con el dedo índice antes de colocar sobre la mesa la fotografía.

La mujer enciende dos veladoras negras; un habano. Crea volutas que ascienden por la estancia iluminada sólo por una lámpara. El reptil mantiene las fauces abiertas, esquinado, en estado de alerta.

“Yo te invoco, espíritu del dominio, espíritu tranquilo, espíritu del desespero, espíritu de caído. Te invoco con todos tus nombres y a todos, Legión, yo te conjuro para que me ayuden a dominar los cinco sentidos, pensamiento, juicio, espíritu vivo y la voluntad de Ramiro Esqueda Soto (amarra la foto con un listón negro); lo que estoy conjurando es el espíritu vivo, el cuerpo y la mente. Concédeme que Ramiro Esqueda Soto no pueda estar, ni vivir tranquilo; que no pueda comer ni dormir, ni beber, ni andar sin el pensamiento puesto en regresar a casa”, ordena mirado fijamente a Jaime. Mete la foto en una pequeña caja de madera. Exhala el humo del tabaco e invoca de nuevo a Ramiro.

—Se lo juro que muy pronto va a volver —advierte la mujer tirando la ceniza del habano en el piso—. No se asuste con lo que pase. Piense que se trata de su hijo.

Jaime escucha, piensa que escucha el nombre de Ramiro susurrado por el viento que mece las palmeras,

las palapas secas encima de la casa de la cartomancista. Siente frío, sed. Acaricia sus labios con la lengua; sin darse cuenta, repite los movimientos de la iguana.

—Gracias —dice apretando la caja de madera—. Gracias, mujer.

Sale de la casa vieja. Aborda un taxi y pide al chofer que lo lleve a una mueblería. Adquiere un buró y una cómoda, enseres que de inmediato traslada al departamento; los observa largamente y con ternura. Toca con suavidad la cómoda barnizada de color café. La energía eléctrica baja de intensidad. Se oyen golpes en la puerta principal del departamento. Apresura el paso y, al ver a través de la mirilla, sólo encuentra la pared del pasillo vacío. Vuelve a escuchar los golpes en la madera, ahora más fuertes, violentos. Quita los seguros: gira la perilla. Se para bajo el dintel.

—Bienvenido —susurra.

Tiemblan los cristales de la habitación tras el trueno. Queda por completo a oscuras la estancia. Jaime cierra la puerta y camina hasta la caja de madera, en la que reposa la fotografía de Ramiro; enciende una vela. Coloca muy cerca del fuego la imagen de aquel joven. Se recuesta en la cama. Permanece durante horas, igual que todo el puerto, en penumbras. Descubre que sin ayuda de la foto es complicado recordar el rostro de ese adolescente. Piensa en la risa infantil de su hijo cuando un relámpago divide la noche.

El timbre del teléfono rompe la tranquilidad. Jaime sujeta el auricular. Bosteza.

—Dígame —responde; respira profundamente y cierra los ojos—. Gracias. Voy para allá.

Ni siquiera coloca en su sitio el auricular, marca una serie de números en el teléfono.

—Henry, necesito que me acompañes. Estoy en tu casa en media hora.

Enrique y Jaime presencian de pie el descenso del ataúd. Escuchan las bendiciones del párroco y contestan: amén. Esperan a que la tierra y el concreto cubran la fosa de Ramiro. En un lápida pequeña está inscrito el epitafio: *No tengas miedo*.


De regreso a casa, mientras esperan la luz verde del semáforo, Jaime pregunta con timidez:

—¿Sabías que ya no tenía un brazo cuando murió, Henry?

—Claro. Yo lo vi.

—Pobre. No va poder abrazarme bien; ni siquiera tenía sus mejillas completas. ¿Crees que haya sufrido mucho?

—No. Cuando aparecen los tiburones las cosas son rápidas, Jimmy. Eso lo sabemos todos.

Jaime observa los autos que transitan por la Costera; siente la brisa y decide que enmarcará la foto de Ramiro. No sabe si debe colgar el retrato en la sala o en la recámara. Mejor lejos de la ventana, deduce, no quiere que siga viendo el mar. “Te va gustar tu cuarto, susurra, está bien cómodo. Ya lo verás.” 

# El costo cotidiano de la vida

Joaquín-Armando Chacón

*Para Laura González Durán*

ESO FUE LO QUE ME DIJO EL VIEJO TIMOTEO: “El costo cotidiano de la vida”. Y ni modo, tuve que admitírselo.

Había intentado ir al otro extremo del lugar de donde tuve mi reunión de negocios y a cada cuadra se aparecían los obstáculos, baches en las calles, los intentos de arreglo de cada delegación, desviaciones, el insoportable tráfico y las absurdas señales de tránsito junto a las indicaciones de turismo. Ciudad de mierda. No me explico por qué algunos intentamos quererla de todos modos. Es absurda y llena de mentiras y de carencias. ¿Cómo llegar a la avenida donde se encuentra esa Universidad en el lado surponiente de esta ciudad y en la cual, justo enfrente, me estará esperando Cristina Reséndiz?

“¿Y para qué hasta allí?”, me había preguntado el viejo.

Le contesté que iba a recoger a una amiga, que allí adonde pretendía llegar era donde ella me había citado.

El viejo movió la cabeza en actitud de desaliento. Sus dos inmensas manos, viejas y arrugadas, las tenía bien aferradas al cristal de la ventanilla que yo había bajado un poco del lado del copiloto, y yo, no sé por qué, pero todavía le comuniqué el que ya se me estaba haciendo tarde y de seguro ella no iba a esperarme ni cinco minutos.

“Ah, paisano, pues sí, todavía está lejos. Pero ¿sabe una cosa? Se ha sacado la lotería conmigo: me estaba encaminando para ir aquí cerca, pero para el otro lado, adonde el tendajón donde tienen tamales, pero no a comprar nada de eso, sino por un billete de lotería, uno solo nomás, un cachito, porque allí también los venden, y pues un día le pego y con eso me regreso a mi tierra, paisano. Pero ya ve, usted se sacó la lotería conmigo: yo sé cómo llegar adonde lo estarán esperando. Pero está lejos. Si quiere me voy con usted y le digo cómo hacerle. Por allá, más adelante, vive uno de mis compadres, el Manuelo, y a ése y a mi comadre les gusta el trago, quien quita y me invitan unas *Coronas* bien frías y hablamos de esa cosa que todavía tenemos pendiente. De allí me regreso, al cabo tengo tiempo. ¿Qué dice, paisano, me subo?”

Y yo quité el seguro de la puerta y el viejo se subió. Llevaba puesto un chaquetón marrón, grueso, de grandes bolsas, que apenas dejaba entrever una camisa de cuadrículas, rojas y azules y espacios blancos. El viejo tenía una cara alargada y huesuda como de caballo flaco, donde continuamente jugueteaban unos ojillos inquietamente alegres. Su voz no correspondía con la alta y desgarbada figura, algo así como la de un Quijote, pues los tonos subían y bajaban en desorden.

“Ándele pues, encarrilémonos por allí derecho”, dijo el viejo una vez que se puso el cinturón de seguridad, “pero no acelere demasiado porque allá, más adelante, va a tener que meterse hacia la izquierda, sólo tenga cuidado de los coches que vienen del otro lado”.

Lo hice y entramos en una calle angosta y alargada con casas de un solo piso, apretadas una a la otra y ventanas con antiguas y descoloridas rejas en su mayoría.

“¿Por aquí?”, me atreví a preguntarle.

“No se preocupe, es un atajo para adonde vamos. Yo me sé bien el camino, con esto acortamos un buen trecho”.

El viejo seguía reacomodándose en el asiento, resoplando de vez en cuando, no en una queja sino como quien deja descansar su espíritu cansado.

“Bonito coche, ¿un Ford Fiesta, no? ¿De allá viene, de donde son las placas?”.

Le contesté que sí, que de allá era y aquí estaba de paso por unos días.

“Pues está lejos. Por allá yo viví unos buenos años, de eso hace ya... ¡Uta! Ya llovió hartito. Con decirle que por acá, en estos terrenos tengo más de cincuenta años. Así que no se preocupe, los conozco como conozco la palma de mi mano y mis antojos. Acá me vine cuando me casé con mi tercera esposa, esa que se llamaba Altagracia. Allá adelante, pasando aquel taller, tome usted para la derecha. No se fije que sea en sentido contrario, a nadie le importa y por allí no hay zopilotes. Sí, así se llamaba, Altagracia, pero era chaparrona y bien canija. Un día se puso tristonza y al siguiente se murió. Quién sabe qué se le ocurrió, a menos que se haya cansado de vivir y para eso no hay cura. Ésa, la Altagracia, no me dio ningún hijo. Yo me llamo Timoteo, paisano”.

Le dije mi nombre al viejo Timoteo y maniobré para evitar un bache bastante profundo.

“Tenga cuidado con esa chatarra con redilas, paisano, es un estorbo y siempre la deja parada aquí ese Juan. Lo mejor sería venderla como fierro viejo, pero el Juan le tiene aprecio y no se anima. Y ahora dóblele a la izquierda, parece calle cerrada pero no lo es, al final hay un doblez y por allí salimos. Con las anteriores tuve tres y cuatro hijos, quién sabe por dónde andan esos desgraciados. ¿Usted está casado, paisano?”

Le dije que no, atento al camino, a esa calle menos angosta, pero de tierra y con grandes piedras y hoyos por cualquier parte, y volví a preguntarle si íbamos bien.

“Seguro”, afirmó el viejo, “ya ve, aquí entroncamos con una avenida recién pavimentada. Y ahora tomamos hacia la derecha. Sí, así. Hace un buen tiempo esto estaba lleno de árboles, grandotes y bonitos a los lados de una acequia, pero los tiraron, taparon todo eso por donde corría el agua y hasta se echaron abajo unas casotas, bien bonitas pero también bien viejas, hasta huertas tenían, y estaban de aquel lado. Así ampliaron la calle. Cada vez que paso por aquí me da tristeza con sólo el recuerdo. Pero qué le vamos a hacer. Andaba usted bien lejos, paisano, pues desnortiado por completo.”

Le expliqué al viejo que me había confundido después de pasar una señal que anunciaba “Cuemanco”, pero luego más adelante me encontré con tres opciones para otros caminos y ninguna tenía la indicación de “Cuemanco”, y por donde escogí me llevó a una calle que me obligó a seguir derecho y donde no encontré algún cartel de indicación para saber en dónde me encontraba.

“Todo se roban”, dijo el viejo entre resoplidos, “lo que sea de lata o hierro o lámina se lo roban para venderlo.”

Y le comenté al viejo Timoteo que en aquella calle traté de preguntarle a dos mujeres que venían con unas bolsas de mercado, pero no me hicieron caso, apresuraron el paso y se alejaron; luego más adelante le pregunté a un policía que se estaba comiendo unos tacos, y ése nada más me confundió con sus indicaciones: regresarme por esa misma calle, tomar la cuchilla izquierda y al pasar una tienda, “la del Progreso”, desviarme hacia la derecha y enseguida de nuevo a la derecha, pues más adelante me iba a topar con la avenida que buscaba. Pero esa tienda “la del Progreso” nunca la vi, aunque



el policía me dijo que era grande y bien visible, así que quién sabe por dónde di la vuelta y antes de encontrarlo a él ya le había preguntado a otro, el de una bicicleta, pero éste no tenía ni idea.

El viejo Timoteo me escuchó en silencio, la vista al frente y soltando uno que otro resoplido, una mano sobre la otra a la altura de su estómago y golpeándose sin ritmo alguno con los dedos.

Me fijé en mi reloj y volví a preguntarle si íbamos bien.

“Claro, claro, no desconfíe. Aquí vamos bien derecho, usted nomás siga detrás de ese camión”, dijo el viejo. “Estos zopilotes no saben nada, no sirven para nada. ¿Y qué, paisano, esta mujer con la que se va a encontrar está buena? ¿Y cómo se llama? ¿Y van a encontrarse para luego ir a ponerle?”

Le dije que se llamaba Cristina, que nada más era una amiga. Ningún caso ni interés tuve en comentarle al viejo que a Cristina la había recién conocido un día antes, casi por casualidad y por medio de un ejecutivo menor de la empresa de aquí en la ciudad de México, Adrián Cuadros Arciniega, el que me avisó que el gerente no iba a poder recibirme por un *improvisto surgido intempestivamente*, muchas disculpas, pero que él estaba autorizado para invitarme a comer.

“Conozco un buen sitio, muy agradable”, me dijo Cuadros Arciniega, “allí cerca del estacionamiento donde dejó usted el coche, ¿qué le parece? Podemos intercambiar información y le ofreceré adelantos del proyecto”.

Nos tomamos unos rones y comimos unos platillos excelentes en un bonito lugar, pero Cuadros Arciniega era bastante aburrido, de charla monótona y risitas sin sentido, además de que su información fue muy precaria y sin novedad alguna a lo ya conocido por mí, aparte de ser interrumpido varias veces por mensajes en su celular, uno de ellos para confirmarme la nueva cita con el gerente al día siguiente. Cuando salimos del restaurante, Cuadros Arciniega se encontró con una amistad de él entre un grupo donde también estaba Cristina Reséndiz. Hubo presentaciones, intercambio de recuerdos y mensajes entre Cuadros Arciniega y Leticia, quien había sido compañera de él en un trabajo anterior, y cuando esas remembranzas se alargaron

más de la cuenta Cristina Resendiz se despidió, a ella también se le hacía tarde. Y como por casualidad ella había dejado su auto en el mismo estacionamiento donde estaba el mío, aproveché la oportunidad para separarme de Cuadros Arciniega y sus risitas, lo mismo absurdas que vulgares, y encaminarme junto a Cristina para ir a recoger nuestros respectivos automóviles. Fue un corto recorrido, pero Cristina y yo lo hicimos en charla amena, confiada y variable. Ella me resultó una mujer muy agradable y con sentido del humor y en posesión de una bella sonrisa. Un breve recorrido, pero lo suficiente para darnos a conocer algo de una y de otro y algo quedó pendiente, ya que ella debía apurarse para ir a entregar el auto a su hermana, pero en ese algo unas palabras brillaron junto a la posibilidad de que al día siguiente era viable continuar, pues yo ya había tenido que alargar un día mi estancia en la ciudad, aunque la profesora Cristina estaría sin auto y allá en esa Universidad de aquellos rumbos, bastante lejanos, y no le gustaba usar celular. Le indiqué que aunque provinciano no me sería difícil el hacerme de una buena información para formarme una ruta o de un mapa urbano y llegar a tiempo adonde quedáramos si aceptaba mi invitación a comer. Y Cristina Resendiz sonrió.

“Pues sí, paisano, pero las mujeres cuestan y nada nos resulta gratis”, dijo el viejo Timoteo. “Esa Altigracia se fue al panteón y me dejó aquí solo, y aquí me quedé hace más de cincuenta años y pues a buscarle, a entrarle a lo que fuera. ¡Uta! Las cosas que hice, por aquí y por allá fui aprendiendo cosas, ni se imagina todo lo que esta ciudad le enseña a uno. Y en una de esas vueltas a cualquier esquina conocí a la Clemen. Sí, Clementina, la que ya venía con dos hijos, Ricardo y Lucerito, cada uno con su diablillo personal, pero ni del tamaño de la Clemen, porque el de ella tenía varios cuernos y una larga cola y sus variados fuegos, y por uno de ellos, por el más refulgente, me casé con ella. Fue mi cuarta esposa, porque con la Conchis nada de iglesia ni de papeles, no era necesario, nada más el cafecito con leche y las buenas noches para en la mañana irnos a nuestros quehaceres. Sepa la bola qué se hizo después la Conchis. No se acelere, paisano, usted nomás sígale aquí detrás de ese camión, no importa que lo vaya

deteniendo, porque si trata de pasarlo luego nos va a costar el enfilarnos para donde vamos a torcerle. Allá adelante hay un semáforo que nomás tintinea porque está descompuesto siempre, así que hay que pasarnos a como se pueda, pero con el ojo bien abierto”.

El tráfico era pesado y sortear ese cruce fue complicado, pero conseguí hacerlo, mientras el viejo Timoteo refunfuñaba algo en voz baja, a lo cual no le pude prestar mucha atención. Al cruzar ese paso el viejo subió el tono repentinamente, casi un chillido agudo, para señalarme que ahora sí adelantara al camión de pasajeros, que me pusiera al lado izquierdo. Lo hice.

“Ahora sí, paisano, bien abusado porque adelante le va a doblar para aquel lado. Allí mero, antes de ese poste cacarizo, y sígase derecho, por esa calle y vamos para arriba. Sortéele con calma al caminito. Este es un atajo que nomás yo me conozco, por eso casi nadie le entra por aquí. Pero ya verá, del otro lado salimos derechito y puntuales.”

Era una cuesta algo empinada con altas bardas a los extremos, de tierra reseca donde brotaban hojas marchitas en brotes escuálidos. El auto se bamboleaba de izquierda a derecha en un terreno por completo disparejo y tuve que hacerlo subir a vuelta de rueda, muy despacio.

“La Clemen se me va de tanto en tanto, pero luego regresa.” Preocupado por el camino y llegar sin problema hasta lo alto, escuchaba distraídamente la voz del viejo Timoteo, ahora en unos tonos de inicios alegres y finales burlones. “A veces me entero de por dónde anda y con quién, pero otras ni idea. Alguna vez supe que estaba allá con el hijo, ese Ricardo que se hizo boxeador. Al principio le iba a todo dar, ya después todos le pegaban. Sí, hasta se quedó un poco alejado de la realidad. Y la Clemen regresaba. La muy canija siempre regresa, me suelta sus fuegos y qué le vamos a hacer, paisano, que otra cosa que el darle gusto. Usted se me hace que es como yo era, pues bien coscolino. Tiene pinta de casado y ya con dos o tres chilpayates, pero pues sí, de todos modos las viejas tienen su magia y sus mañas”. Gran resoplido del viejo y luego con firmeza soltó varias preguntas: “¿Y adónde va a llevar a su amiga? ¿A tomarse unos tragos y luego a un hotel?”

Todas ellas salen caras, paisano, y para que se queden quietas hay que soltar los billetes, no hay de otra”.

Atento al freno y al cloch y al acelerador para darle impulso al auto y dirigirlo con acierto apenas le contesté que no, que no creía necesario, estoy hospedado en un hotel, don Timoteo, lo paga la compañía, uso tarjeta, esos plásticos para sacarnos de apuros, pero no se trata de eso, es otra cosa, don Timoteo, qué pinche camino es éste de su atajo, don Timoteo.

“Es el indicado para la ocasión”, gruñó el viejo, “un poquito más y ya estamos. Fíjese nomás, yo ya pasé los ochenta años, pero la Clemen regresa y me alebresta y no queda de otra que el tenerla contenta. ¿Ya qué me queda? Pero a lo poco que sea hay que darle cuerda y bailar”.

Las llantas traseras patinaron en el último empuje de esa cuesta absurda y con un salto llegamos a terreno plano. Tuve que frenar apresuradamente porque el espacio era poco, y enfrente, una barda de adobe, maltratada por el tiempo, bastante destruida, cerraba el paso.

¿Y ahora?, le pregunté al viejo. ¿Qué...?

Él me miraba con expresión seria, los ojillos extasiados en una alegría infantil. En una mano una pistola de cañón largo, quizá tan vieja como él.

“Pues hasta aquí llegamos, paisano”, me dijo en un tono diferente, más apagado que violento, “suelte los billetes y no pasa nada”.

No tuve miedo, sólo pensé que todo eso era ridículo. Y lo era. Me le quedé mirando. Su mano era firme apuntándome con la pistola. Quizás no servía, a lo mejor sin balas. Bien antigua. Pero quién sabe. No me inspiró miedo, fue otra cosa. Me sonreí discretamente. Válgame, don Timoteo, le dije, mire nada más a lo que me traje.

“Los billetes”, exigió el viejo, un silbido extraño.

Traigo bien poco, respondí.

“Lo que sea”, casi imploró el viejo, “lo que sea. Ande, apresúrese, démelo”.

Metí la mano al bolsillo izquierdo del pantalón, saqué los billetes de allí, realmente pocos, y se los entregué. Los agarró con su mano libre, los apretó en el puño. Eso es todo, don Timoteo.

“¿No trae billetera, paisano?”

No la uso, nunca. Me di tiempo para revisar el bolsillo interior del saco y luego le mostré la tarjeta bancaria.

“Ésa no me sirve”, pronunció con desaliento el viejo, “ni tampoco el reloj, es bueno parece, pero yo no soy vendedor de chueco ni me meto en esos argüendes, sólo lo del día a día, paisano, el costo cotidiano de la vida, pues para que la Clemen se la pase bien y yo también. Estoy seguro que con esto nos alcanza para pasar la noche. Ya mañana Dios dirá.”

Nos quedamos mirándonos, luego el viejo Timoteo abrió la puerta y salió del auto todavía mirándome, la pistola aún en su mano. Caminó de espaldas hacia la barda de adobe, se detuvo, volvió a acercarse a la puerta abierta del copiloto.

“Pues usted échese para atrás, paisano”, una sonrisa amable y la voz calmada, “regrese hasta donde aquel semáforo que nomás tintinea porque no sirve para nada y allí siga en sentido contrario de por donde llegamos. Más adelante pregunte, no faltará quién le dé buenas razones pues por esos rumbos queda adonde va. Cuídese, paisano. Le aseguro que ya no está lejos”.

El viejo se encaminó derecho hacia una parte caída de la barda, rengueaba de la pierna izquierda, se metió allí y dejé de verlo. Me estiré para cerrar la puerta del copiloto, puse la velocidad en reversa y me dispuse a bajar esa absurda calle. Ni siquiera se me ocurrió mirar el reloj. Estaba seguro que Cristina Resendiz ya no estaría esperándome. ■■■

# Signos visibles, escrituras vitales

Gabriel Trujillo Muñoz

EL QUE ESCRIBE NUNCA ESTÁ SOLO.

Más allá de la maestría escritural o de la pertinencia temática, una obra de ficción se sostiene en gente como uno, en personas como todos, en sueños y situaciones que compartimos: la búsqueda de la felicidad, el encuentro con la desgracia, la curiosidad por las vidas ajenas.

A veces narramos una ciudad. Otras, un paisaje, un estado de ánimo. Pero los mejores retratos son de criaturas de carne y hueso, de seres que sangran y aúllan.

Toda creación cuestiona el paso del tiempo, las ataduras de la vida.

El lenguaje es el tablero donde juegas a ganar el mundo.

Las pérdidas personales son ganancia para la literatura.

Hoy las palabras son jauría: atacan al débil, hacen mofa del desesperado. No se detienen ante nada ni nadie.

En estos tiempos el lenguaje se adelgaza, se rarifica. Carece de gravedad.

Entre las palabras, el silencio tiene la cualidad del cielo mudo, del mar en calma.

Cuando creas personajes sabes, desde un principio, que son tuyos, pero que terminarán viviendo al cuidado de sus lectores.

La creación literaria calma y agita. Es fuerza natural y pensamiento ordenado. Contiene tanto lo que somos como lo que deseamos ser.

Llevas a la escritura tu lucidez y tu ceguera. Lo que ves con nitidez y lo que sólo percibes como una mancha borrosa.

El que lee para entender el mundo no debe olvidar el mundo. El que vive el mundo no debe olvidar leerlo.

Las palabras son máscaras y son desnudamientos. Muestran la realidad tal cual es y crean la ilusión de otras realidades.

Todo gran paisaje requiere una escritura expansiva, una larga mirada.

En la literatura no hay criaturas menores: un águila o una sanguijuela pueden ocupar el sitio de atención. Un tiburón o una luciérnaga pueden sintetizar la vida entera.

Escribir es una forma de dar consuelo.

El mayor acto de prestidigitación de la literatura es hacer que las palabras sean la sensación misma, el nervio en vivo cuyo dolor no te deja en paz, cuyo gozo no puedes evitar.

La literatura abre puertas al conocimiento, ventanas a la locura. Es un baúl de tesoros y una caja de Pandora. Lámpara maravillosa que al frotarla hace surgir de su interior genios y demonios, vidas ejemplares y turbios personajes. El oscuro horizonte que la luz desgarrar hasta hacerlo reconocible, hasta volverlo soportable.

Las palabras son fuego aparte, una fogata para calentarnos en días amargos, en noches intensas.

En la literatura, lo frágil es lo duradero; lo fugaz, lo permanente.

Las palabras son semillas persuasivas, frutos seductores.

Sé paciente con tus personajes, que ellos lo son contigo.

Viajas con la escritura: a veces conductor, a veces pasajero.

Como los cetáceos cansados de un mundo que ya no es el mismo, de un mar que ya no les pertenece, las palabras encallan en páginas perdidas, en cuadernos olvidados.

No hay bloqueos literarios: hay ganas de decir otra cosa sin conseguirlo.

Entre una taza de café y otra, una historia se escurre, un verso gotea.

No digas: lo sé. Di: lo supongo. No digas: lo supongo. Di: lo sé. Entre certeza e incertidumbre, las verdades se cuelan, los mitos nacen.

Muchos dicen que la escritura es un juego. Claro que lo es, pero es mucho más que eso: es una estrategia intuitiva en un tablero invisible. Una danza hacia adentro por el solo gusto de mover las piezas, de tener compañía.

Para contar historias que mantengan en vilo al lector el infortunio es imprescindible.

De tanto manosearlas, las palabras pierden su encanto, las historias su identidad.

El lector de libros no es mejor que el bruto del pueblo. Su ventaja es que cuenta con pretextos culturales

para hacer lo que hace, para pensar lo que piensa. Los líderes nazis y los inquisidores del Santo Oficio eran grandes lectores. Eso no los hizo mejores personas. A lo más los convirtió en estupendos asesinos, en perfectos verdugos.

La poesía es el desierto proverbial: pleno de imágenes inasibles, de zarzas ardientes.

El valor moral de la literatura es la más vieja mentira de la civilización.

Las palabras son como las palomas de los magos: siempre necesitan un sombrero para ocultarse en él, una mano hábil para salir al escenario.

En la desmesura del instante, los recuerdos se agrietan, se desmoronan. Describirlos es quitarle su precariedad, su vulnerabilidad.

Polvo de estrellas en la tolvanera del camino, los versos que olvidaste.

Las verdades de la literatura se presentan entre signos de interrogación.

El enemigo mayor de la literatura no es la censura: es la autocensura, el qué dirán.

Lo políticamente correcto no necesariamente es lo literariamente correcto.

Los villanos son más fascinantes que los héroes, más carismáticos. Son el emblema de una pulsión humana primordial: la del deseo voraz que no se detiene ante nada ni nadie, la del hambre nunca satisfecha por el prójimo.

Una grieta en la memoria, como un sepulcro abierto en plena noche. Para eso está la literatura: para exhumar el pasado, para devolverlo a la luz.

Antes los sueños sostenían al mundo. Hoy sólo las pesadillas logran hacerlo.

¿Acicates para escribir? El dolor, de seguro; la esperanza, probablemente. El miedo a no estar a la altura de tus propias ambiciones.

Las palabras te persiguen, te acosan. Te pisan los talones. Te muerden las corvas.

Nunca digas: de eso no voy a escribir. Mejor di: aún no me interesa.

Lo que escribes bajo tu nombre es un tatuaje permanente, el signo visible de quién eres.

Escribes por voluntad propia, por esa voluntad que otros llaman destino.

Curar los males del mundo: ya no hay palabras que sirvan para eso. Ya no.

En cada palabra resuenan ecos de otras edades, voces de otros tiempos.

Quien crea que el lenguaje pueda ser domado no sabe las furias que contiene, el salvajismo que esconde.

La literatura no es juntar bien las palabras: es darles un sentido, un rumbo, una pertenencia.

La escritura es un combate diario, un acto de vida o muerte en plena plaza pública.

En los ojos del lector está la sentencia final, el juicio último de tu obra.

La escritura no es una idea: es una decisión.

¿Cuál es el legado de la literatura? Una mezcla entre el jardín del Paraíso y la gran desolación, entre el parto sangriento y la muerte inesperada. El puente siempre precario, siempre vital entre el sol que despunta y la noche que llega.

Escribir es no dar nada por seguro.

El mejor crítico es el que todo escritor lleva dentro.

En la literatura, las pesadillas son más importantes que los sueños, las muertes son más entendibles que las vidas, las emociones arraigan mejor que las ideas.

El poeta californiano Gary Soto dice que él es como la mayoría de los poetas: un autor ignorado. No por eso deja de escribir poemas. Soto es un hombre paciente a la espera de ser escuchado por alguien, de ser leído por cualquiera. Dice que los poetas se mueren y ya. Son sus poemas los que se niegan a morir, los que resisten toda sepultura, todo olvido. Eso es ser poeta para Soto: alguien que deja versos para tropezarte con ellos, poemas para darte en la madre.

La dimensión de tu obra no es lo valedero sino los frutos que dé en su momento, la cosecha que ofrezca al mundo.

No escribas para quedar bien con los demás. Escribe para decir las verdades que son tuyas, las emociones que te perturban, los deseos que te mueven y animan.

Tres leyes a seguir: escribe de lo que sabes, escribe de lo que imaginas, escribe. De todas ellas sólo la última es la que importa.

La escritura prolifera en el suelo de la contradicción, en la tierra del conflicto.

En la plaza pública las palabras se comen unas a otras, se vuelven música de fondo, ruido blanco.

La voz de la escritura no siempre es la voz del escritor.

Como los residuos del oráculo que muestran lo que vendrá, el texto nunca lo dice todo. Ni dice lo mismo para cada lector.

Todo escritor es un monstruo en potencia. Todo lector, un caballero andante en busca de dragones.

Las palabras dan vida tanto al ruiñeñor como al buitre.

Para escribir se necesita coraje.

El poema es un cosmos reducido a su polvo esencial.

Entre las palabras, la materia oscura del universo, el vasto silencio que las anuda y las fortalece.

El lenguaje es un camaleón siempre alerta, siempre adaptándose a los cambios de su tiempo, a las circunstancias de su entorno.

El mejor escritor es el que no se cansa de relatar sus propios cuentos, el que no se aburre al escribirlos.

La literatura es valiosa no por las firmas que la adornan sino por las historias que contiene, por los cantos que alienta.

Escribir no es un experimento de laboratorio ni un simple entretenimiento. Escribir es persistir en tus visiones, es darles vida aunque en ello te vaya la vida.

Cada obra que empiezas es un levántate y anda, es un crear el mundo desde el primer día.

La escritura es un oficio de esclavos.

Debajo de la novela más sórdida hay una canción de cuna.

La literatura no salva a nadie de sí mismo. Escribir es salir a escena y tropezar.

El mejor nudo para una historia es su desenlace.

La literatura es una plaza pública: todos pueden entrar a ella, todos pueden participar.

Las palabras son como las migajas que dejan como rastro Hansel y Gretel en los cuentos de hadas: sirven para regresar a casa, para volver con los tuyos.

La literatura no remedia los males del mundo: a lo más los asume como propios.

El libro es un secreto a voces. Las de su autor, para empezar.

El sentido de la verdad es cosa de los lectores. Para el escritor sólo vale el sentido del asombro.

Toda buena narración está llena de visperas, de revelaciones, de torceduras. Como la vida, la ficción es confusión, tropiezos, caídas. A veces atajos. A veces desvíos.

Si el mundo no te da lo que necesitas, la literatura puede inventarlo para ti.

Los personajes más entrañables son los que cargan consigo su propia pira funeraria. Pregúntenle a Ahab. Pregúntenle a Kurtz. Pregúntenle al doctor Víctor Frankenstein.

La vitalidad de una obra literaria no está en sus ideas: está en sus cabos sueltos, en su trasfondo.

Escribir es discutir lo que somos. Leer es entrar a esa discusión, hacerla tuya.

La literatura es una cápsula de tiempo: atesora lo ya vivido, conserva al niño que alguna vez fuiste.

La escritura puede ser tan brillante como un espejo, tan filosa como una espada, tan hiriente como una piedra. El truco consiste en convertirla en espejo, espada, piedra.

Escribir es exponerte al escarnio público, al tribunal de tus contemporáneos, al linchamiento mediático. Se necesita espíritu de mártir para asumirme como escritor, para reconocerlo ante los demás.

Los mejores accidentes en la literatura son premeditados.

Un escritor sabe que la tierra puede esperar, que el tiempo puede esperar, que la vida misma puede esperar. Pero la creación no espera. La creación es soplo y vuelo. Es tómalala y déjate llevar. ¿A dónde? ¡Qué importa: ya la escritura te lo dirá!

No vivas de las palabras: vive con ellas. Hazlas tuyas.

La perfección está sobrevalorada. El poema vive si tiene defectos, si muestra sus debilidades, si es como nosotros.

La escritura es un salto al vacío. Son tus palabras, tu capacidad de urdir tramas y crear personajes, de levantar imágenes perdurables, tu única red protectora.

En la literatura no hay escritores originales. Hay imitadores que saben ocultar las huellas de otros autores, que saben encubrir su aprendizaje bajo el manto de lo novedoso.

A veces escribir es cortar la realidad como un cirujano. A veces es machacarla como un carnicero.

Escribir narrativa es como jugar ajedrez: pretende saber cómo terminará la partida antes de jugarla.

Los libros se asemejan al monolito de *2001*, la película de Stanley Kubrick: a simple vista parecen impenetrables, pero una vez que descubres la clave y entras a ellos son universos completos abriéndose ante nuestros ojos.

El escritor es un viajero por antonomasia. Su escritura es su bitácora.

En el vocerío que te rodea encuentra el silencio que te hace falta.

Entre la respiración de las palabras, la música del lenguaje.

En la escritura no hay punto final. Sólo hay puntos suspensivos.

Todo escritor es como Sherezada: sólo quiere un poco más de tiempo para contar lo que sabe.

No te midas con los autores del pasado. Mídete con los del futuro. Escribe para los tiempos que vendrán. Para la gente que nunca sabrá de ti.

A veces tus personajes son mejor compañía que los seres humanos, son más divertidos que tú.

El escritor es un Dios a la medida de sus sueños.

La literatura es un cuento con pretensiones de mito. O es un mito contado en voz baja.

Las palabras son boomerangs: por más lejos que las lances vuelven a ti para golpearle.

La narrativa vale no por ser verídica sino por ser verosímil. En ella, parecer vale más que ser.

La prensa agita, la literatura irrita. Ambas sirven para calibrar el mundo, para ponerlo patas arriba, para llenarlo de dudas y cuestionamientos.

La literatura es un viaje antes que un destino.

En la oscuridad reinante, el escritor es el picapedrero que usa las palabras como picos, es quien rompe el muro de la realidad para que entre la luz, para que todo se ilumine.

—¿Cómo puedes escribir con tantas penas, con tantos dolores?

—Sólo así puedo sanarme a mí mismo. Sólo así puedo mitigar mis cuitas.

En la literatura, los muertos están vivos. En la literatura, la muerte es sólo un acontecimiento más. No siempre el más terrible. No siempre el más hermoso.

Los poetas ya no cantan: susurran. Ya no se exaltan. Ya no molestan al público. Los poetas se han vuelto previsibles, doctos, eruditos. Ya no son salvajes danzando por el bosque. Ya no saben balbucear sus visiones. Cuando les pides portentos, te dicen que son becarios. Cuando les preguntas por su don de lenguas, te contestan que son buenos traductores.

Si con sus versos el poeta no da luz, al menos debería dar sombra.

La fuerza de la narrativa radica en llevar hasta las últimas consecuencias su visión particular de un acontecimiento único.

La fuerza de la poesía radica en borrar las diferencias entre lo eterno y lo temporal, entre lo deseado y lo deseante, entre lo veraz y lo vital.

Seamos congruentes: la narración fantástica quiere hacer pasar su historia como real, mientras que la ciencia ficción apela a lo que hoy sabemos. Para que el lector vea al monstruo como un pariente cercano, para que perciba el futuro como una realidad contemporánea.

En poesía, naufragar es mejor que mantenerse a flote.

La literatura de horror es la literatura de lo diferente, de lo que no es como uno. En realidad, sólo en la mirada de sus lectores hay monstruos, hay sed de sangre.

Se puede escribir para cumplir un programa, para satisfacer una necesidad. Pero las mejores obras literarias son un fin en sí mismas, son el impulso que toca la realidad y nos devuelve su eco multiplicado. El fantasma que únicamente nosotros vemos, que sólo a nosotros cuenta su historia.

Cuando sus personajes se le rebelan, cuando adquieren vida propia, es que el escritor va por buen camino.

Toda poesía es un retrato en sepia de uno mismo.

La literatura embellece las mentiras, las hace creíbles, presentables.

La imaginación es un recurso no renovable.

Si los giros de tu propia historia te sorprenden al escribirlos, el lector te lo agradecerá. Nada es peor que

un relato programado, que hacerlo que siga los pasos de un manual de escritura creativa. Si el escritor es el piloto de su nave, esto no significa que sepa lo que hay detrás del horizonte, lo que está por suceder. Hay veces que las expectativas son más importantes que la trama para mantener una historia avanzando, para mantener el enigma de un personaje.

Como si fueras un vendedor de carne fresca, en poesía debes pesar cada palabra antes de entregarla a sus consumidores. Y debes aceptar que estos te pidan menos grasa, filetes más finos, cortes mejores.

La literatura es un imán para curiosos. Pero también atrae a los puercoespines.

Cuídate de pescar historias que no puedas llevar a salvo a puerto seguro. Muchos autores son como el viejo pescador de Ernest Hemingway: sólo vuelven con la carcasa de una bestia magnífica, con el esqueleto de una novela.

El futuro de la literatura siempre puede rastrearse en su pasado.

El escritor apuesta por la memoria. La escritura misma es un instrumento de la memoria, una herramienta para recuperar lo perdido, para reparar lo hecho pedazos. La escritura como pegamento de vidas pulverizadas, de sucesos fragmentarios, de historias inconclusas.

El buen lector no pide repetir la misma fórmula libro tras libro. El buen lector busca lo novedoso, lo imprevisto. Otras historias, libro tras libro.

La literatura no promete nada más que el placer de escribirla. Si eso no te es suficiente, busca otro oficio, por favor.

No es sólo dónde vives sino qué acontecimientos vives los que conforman tu identidad como creador, tus ganas de contar lo que has visto, sufrido, gozado.

Las palabras, a veces, no dicen nada. Sólo son sonidos, ritmos, cadencias. Como el trino del cenizote entre los árboles o el rugido de las olas que van y vienen.

Volver a contar todo, a cantarlo todo. Esa es la regla de oro de la creación literaria. 